

PLUMA y LAPIZ



NÚM. 92





Dibujo de A. SERRIÑÁ.

y todos á porfía reclamaban la dicha de estrechar á Ninón entre sus brazos... Mientras tanto, el poeta Marcial, sonreía con su sonrisa hija de un temprano escepticismo, y tomando la frente de Ninón, depositó en ella un beso.
Santa Fe (República Argentina).

PAGINITAS DE COLOR

EL VINO JEREZ

(A Eusebio Blasco).

EN un entresuelo del aristocrático arrabal de *Saint-Germain*, en su elegante habitación de soltero, Manuel, el vizcondesito, cenaba en compañía de Marieta, la rubia y necrótica Marieta, la de rostro pálido, ojos de cielo, y talle de avispa; la cortesana más en boga desde las puertas de Montmartre hasta los Campos Elíseos.

—Brindemos por nuestro amor, querido Manuel: echa vino, y te adoraré... pero vino Jerez, de ese rubio Jerez, que semeja una lluvia de oro... ó bien topacios diluídos... Es mi néctar favorito...

Y Marieta, vencida por la embriaguez, inclinó su cabeza quedando inmóvil en su silla. La cortesana se incorporó de nuevo, exclamando con voz balbuciente:

—¡Cuán hermoso estás, oh Manuel!... pero échame más vino, más... tanto, que me ahogue en él...

Con tembladora mano llevó la copa á sus labios, apurándola de un sorbo. Llenóla otra vez del generoso néctar, y la estrechó contra su pecho; el finísimo cristal de Bohemia crujió en sus manos, saltando hecho pedazos, mientras el dorado líquido caía sobre el blanco raso de su vestido.

La cortesana lanzó una carcajada, y cayó del sillón rodando hasta los pies de Manuel.

Marieta, en el suelo aún, se despojó de su bata que le oprimía, murmurando con voz que la embriaguez apenas hacía perceptible:

—¡Manuel!... ¡dadme vino!... más... mucho más... que me ahogue en él!...

NÉCTAR Y AMBROSÍA

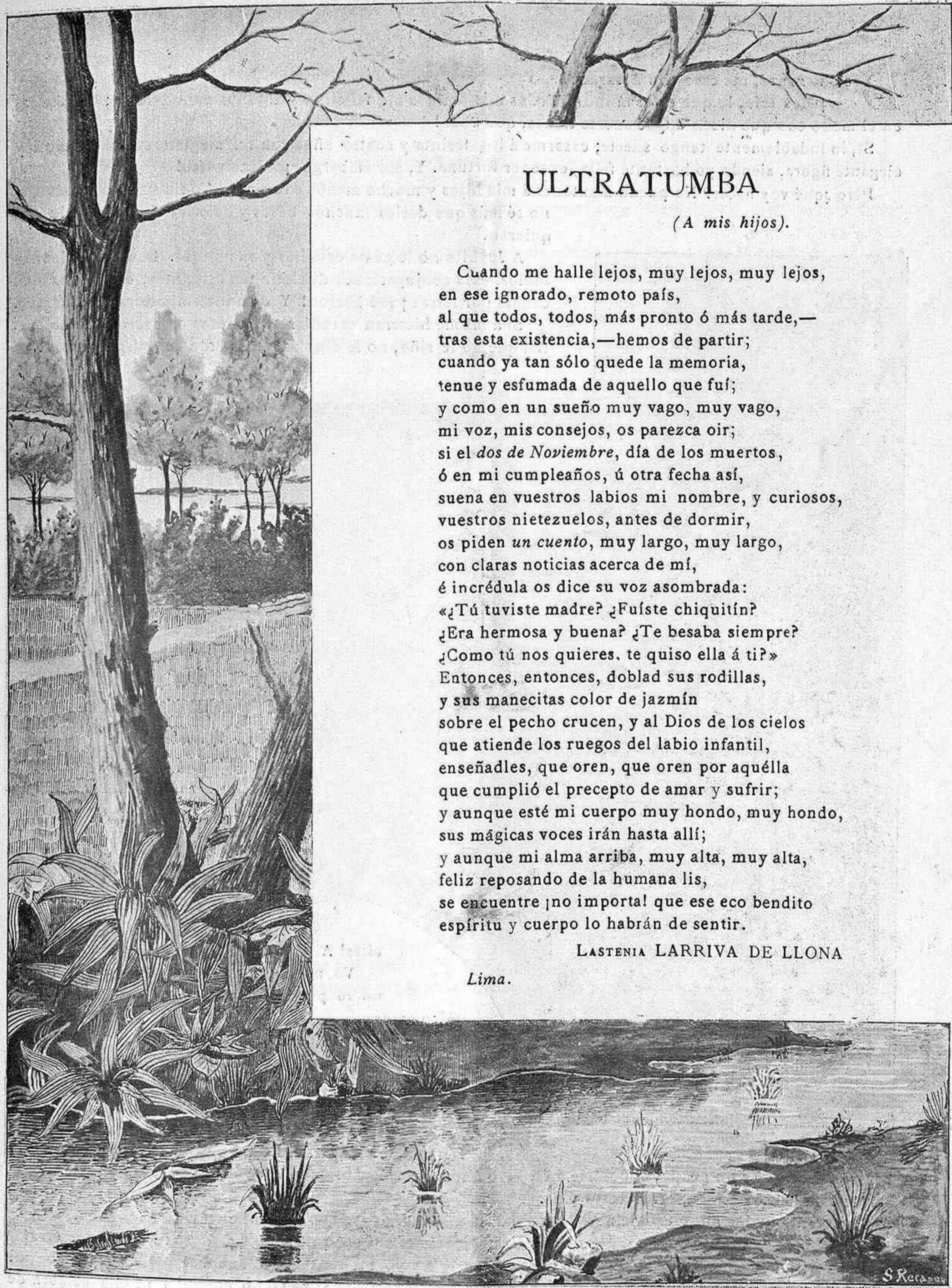
El poeta Marcial, ebrio de placer, de vino y voluptuosidades, levantó su copa llena de espumante *Champagne*, y con trémulo brazo, describió un semicírculo sobre la hermosa cabeza de Ninón, mientras con voz sonora exclamó dirigiéndose á la joven:

—¡A ti, bella Ninón! la más hermosa entre todas las grisetas que animan y dan vida al *boulevard*! ¡A ti, el poeta Marcial, escéptico por excelencia, te dedica sus cantos, y en tu honor pulsa su lira tanto tiempo enmudecida!

—Brindo, señores,— añadió el poeta volviéndose hacia los demás bardos,— por los rojos y húmedos labios de Ninón, que parecen desear un beso con el mismo anhelo que el casto lirio en las laderas reclama la gota del rocío... brindo, en fin, por la garganta alabastrina de mi amada, por sus pequeños dientecillos cual perlas esmaltadas, por su talle flexible como el de una palmera joven...

El entusiasmo de los vates se desbordó como el oleaje de un mar embravecido,

LORENZO V. CRESPO



ULTRATUMBA

(A mis hijos).

Cuando me halle lejos, muy lejos, muy lejos,
en ese ignorado, remoto país,
al que todos, todos, más pronto ó más tarde,—
tras esta existencia,—hemos de partir;
cuando ya tan sólo quede la memoria,
tenue y esfumada de aquello que fui;
y como en un sueño muy vago, muy vago,
mi voz, mis consejos, os parezca oír;
si el *dos de Noviembre*, día de los muertos,
ó en mi cumpleaños, ú otra fecha así,
suena en vuestros labios mi nombre, y curiosos,
vuestros nietezuelos, antes de dormir,
os piden *un cuento*, muy largo, muy largo,
con claras noticias acerca de mí,
é incrédula os dice su voz asombrada:
«¿Tú tuviste madre? ¿Fuíste chiquitín?
¿Era hermosa y buena? ¿Te besaba siempre?
¿Como tú nos quieres, te quiso ella á ti?»
Entonces, entonces, doblad sus rodillas,
y sus manecitas color de jazmín
sobre el pecho crucen, y al Dios de los cielos
que atiende los ruegos del labio infantil,
enseñadles, que oren, que oren por aquélla
que cumplió el precepto de amar y sufrir;
y aunque esté mi cuerpo muy hondo, muy hondo,
sus mágicas voces irán hasta allí;
y aunque mi alma arriba, muy alta, muy alta,
feliz reposando de la humana lis,
se encuentre ¡no importa! que ese eco bendito
espíritu y cuerpo lo habrán de sentir.

LASTENIA LARRIVA DE LLONA

Lima.

Orla de S. RECASENS.



LA VIUDA

(MONÓLOGO)

DECIDIDAMENTE, me caso con Alvarado.

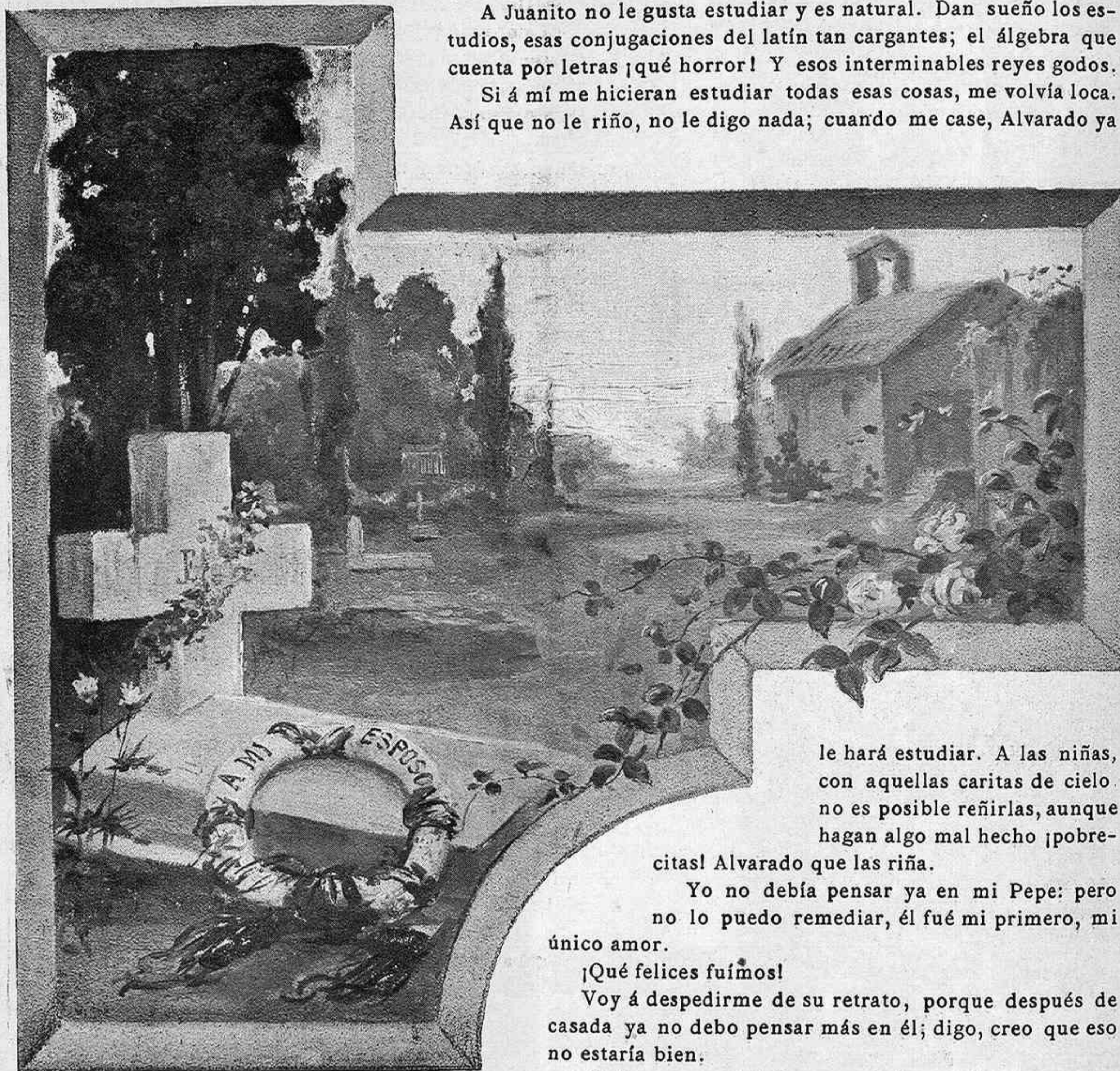
¡Dios mío, lo que es el mundo! Todos mis amigos me felicitan y algunos me envidian; lo conozco en el modo con que dicen «¡Qué suerte tienes, qué boda!

Sí, indudablemente tengo suerte; casarme á los treinta y cuatro años con un magistrado de hermosa y elegante figura, siendo yo bastante feita, es tener fortuna. Y, sin embargo, ¡cuánto sufro!

Pero ¿qué voy hacer? No puedo mantener á mis hijos y mucho menos educarlos. Yo no sirvo para educar, no sé más que darles muchos besos y dejarles que hagan lo que quieran.

A Juanito no le gusta estudiar y es natural. Dan sueño los estudios, esas conjugaciones del latín tan cargantes; el álgebra que cuenta por letras ¡qué horror! Y esos interminables reyes godos.

Si á mí me hicieran estudiar todas esas cosas, me volvía loca. Así que no le riño, no le digo nada; cuando me case, Alvarado ya



le hará estudiar. A las niñas, con aquellas caritas de cielo, no es posible reñirlas, aunque hagan algo mal hecho ¡pobrecitas!

Alvarado que las riña.

Yo no debía pensar ya en mi Pepe; pero no lo puedo remediar, él fué mi primero, mi único amor.

¡Qué felices fuimos!

Voy á despedirme de su retrato, porque después de casada ya no debo pensar más en él; digo, creo que eso no estaría bien.

¡Qué guapo era mi Pepe, qué ojos tan hermosos, qué frente tan espaciosa! Está borrado el retrato de tanto

besarlo, y como es un grupo, al besarle á él, beso á todos esos señores, y, la verdad, eso no me gusta.

Me complazco en recordar nuestra vida.

Pepe era muy bueno, muy cariñoso, me ayudaba en todo, porque yo nunca he servido para nada.

Teníamos una casa pequeñita, pero monísima; también es pequeño un nido y ¡cuánta felicidad encierra!

Pepe dirigía un periódico; todas las noches escribía y yo me sentaba en una banqueta y recostaba mi cabeza en sus rodillas. Cuando terminaba el artículo, lo leía en alta voz. Yo no entendía ni una palabra de todo aquello, y los suscriptores creo que eran tan ignorantes como yo, porque todos se borraban y no se ganaba nada.

Yo quería ayudarle, porque él lo hacía todo; pero sólo servía para pegar las fajas con engrudo. Un día quise escribir los recibos y puse Hernández sin hache.

¡Cómo se incomodó! En esto de las haches y las ves era tremendo. Después de todo, igual decía Hernández con hache que sin ella. ¡Cosas de los hombres!

¡Y lo que van á rabiarse las de Aguilar que son tan envidiosas, cuando me vean con esos trajes tan elegantes que me han hecho; uno azul, otro rosa con encajes antiguos y uno negro con blondas y azabaches! ¡Cuidado que son bonitos! El azul me sienta muy bien. La modista dice que tengo el cutis muy fino y un escote precioso. ¿Será verdad?

¡Si Pepe me viera con esos trajes! Nunca me pude poner más que vestiditos muy sencillos; pero ¡ay! en cambio tenía su amor, su dulcísimo amor.

Yo tenía celos de todas las mujeres, porque todas se enamoraban de él y él se dejaba querer. ¡Claro, los hombres son así!

Reñíamos, estábamos dos ó tres días sin hablarnos, después hacíamos las paces y él me decía palabras muy bonitas y yo me quedaba embobada; recostaba mi cabeza en su hombro, buscaba su corazón, ponía sobre él mi mano, preguntándole con voz balbuciente «¿es mío solo, verdad monino?»

La respuesta era estrecharme en sus brazos...

¡Dios mío, si ya no debo pensar más en él, si ya todo se acabó; ahora tengo que amar á mi futuro marido,



al señor Alvarado... pero si no puedo, si yo daría el traje azul y el rosa y el negro y lo que han de rabiarse las de Aguilar y el lujo y las comodidades que me esperan, porque viviera mi Pepe.

¡Señor!, tú que eres tan bueno ¿por qué separas así á las almas; por qué te llevastes con él todas mis ilusiones, toda mi ventura?

Yo seré buena esposa, respetuosa, fiel y sumisa; pero amar, no, no y no; jamás querré á Alvarado como quise á mi Pepe.

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

PILAR FONTANILLES DE BÉJAR

DE AYER Á HOY

I

Al pie del rosal que altivo
se levantaba en tu huerto,
dando sus lozanas flores
á los aires rico incienso,
una tarde, al sepultar

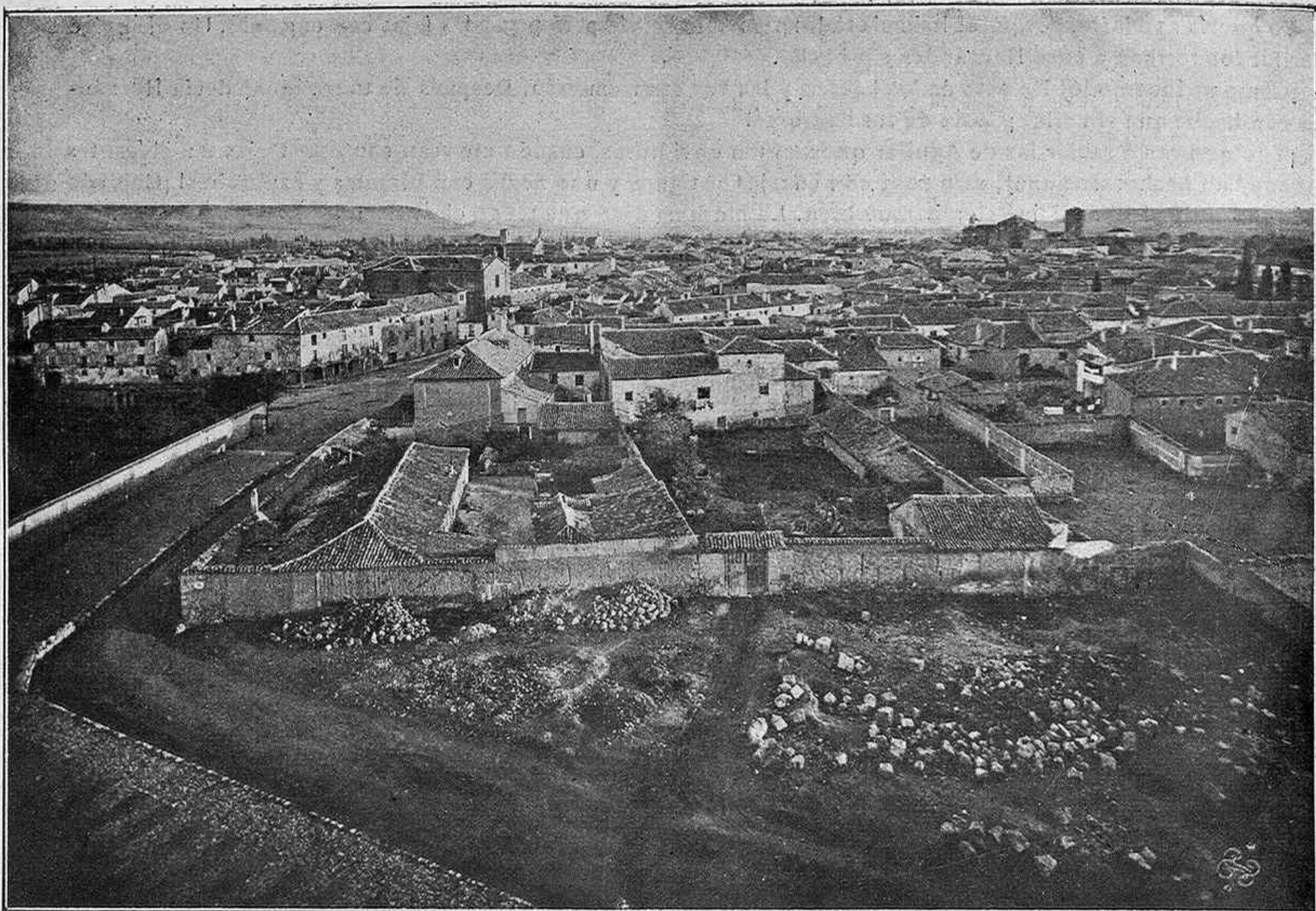
el sol su rayo postrero,
enamorados y alegres
hicimos un juramento.

II

Al pie del rosal que hoy miro
de amarillas hojas lleno,

vengo á llorar y su llanto
niega á los ojos mi pecho.
Y es que, al dejar este mundo
para remontarte al cielo,
mi corazón, que era tuyo,
como el rosal quedó seco.

CARLOS CANO

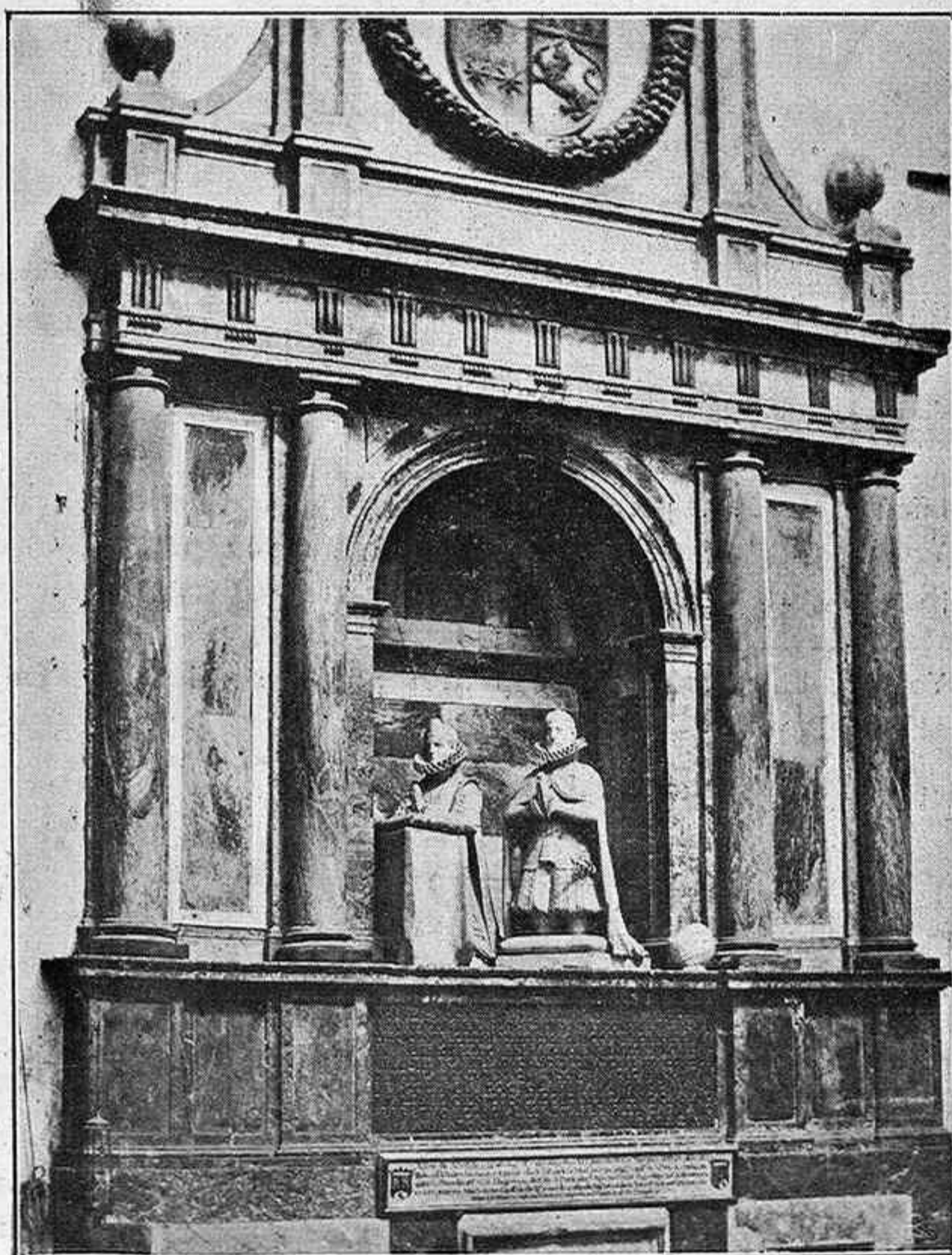


VISTA GENERAL TOMADA DESDE SAN PEDRO

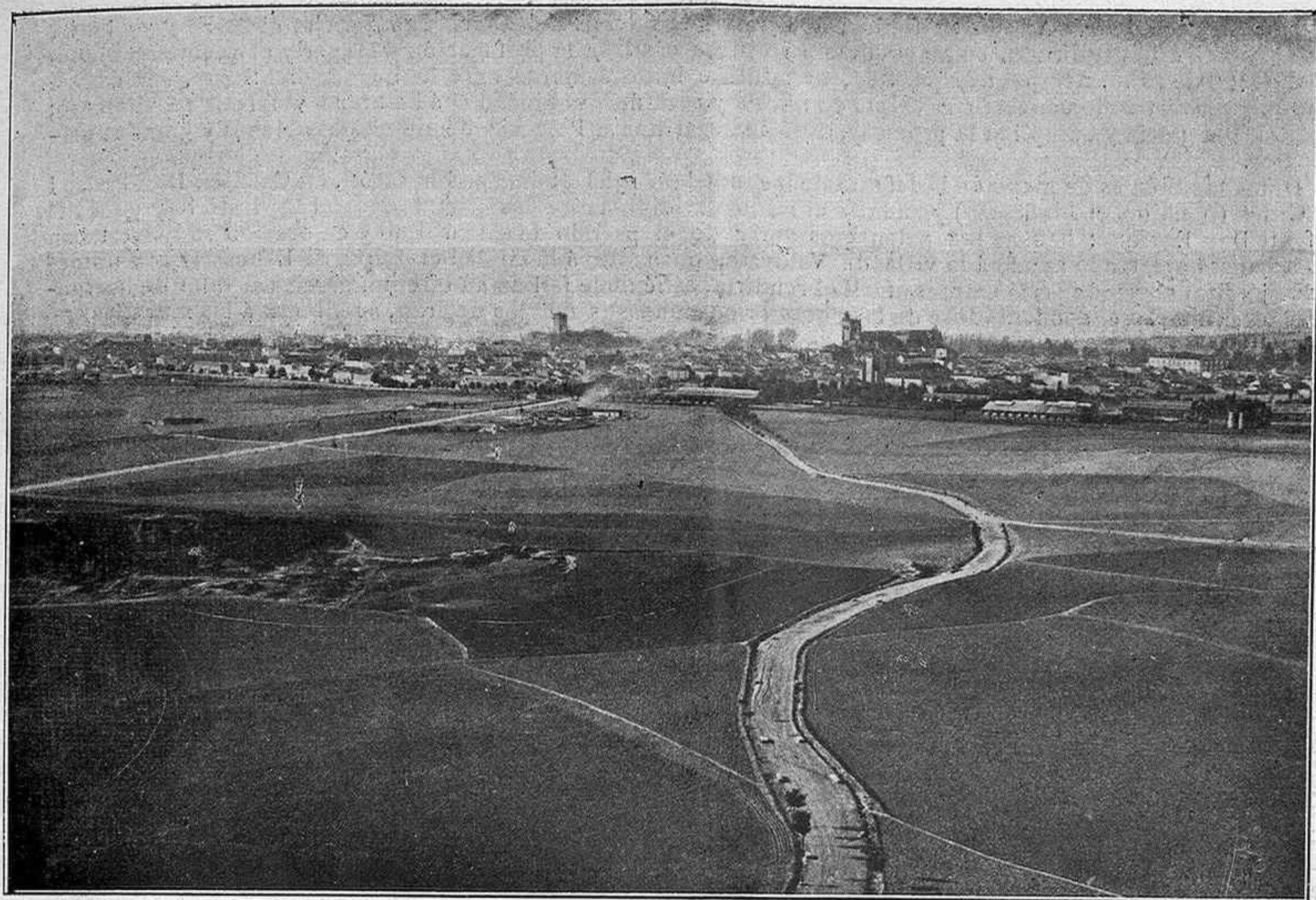
LEYENDAS Y TRADICIONES

(PALENCIA)

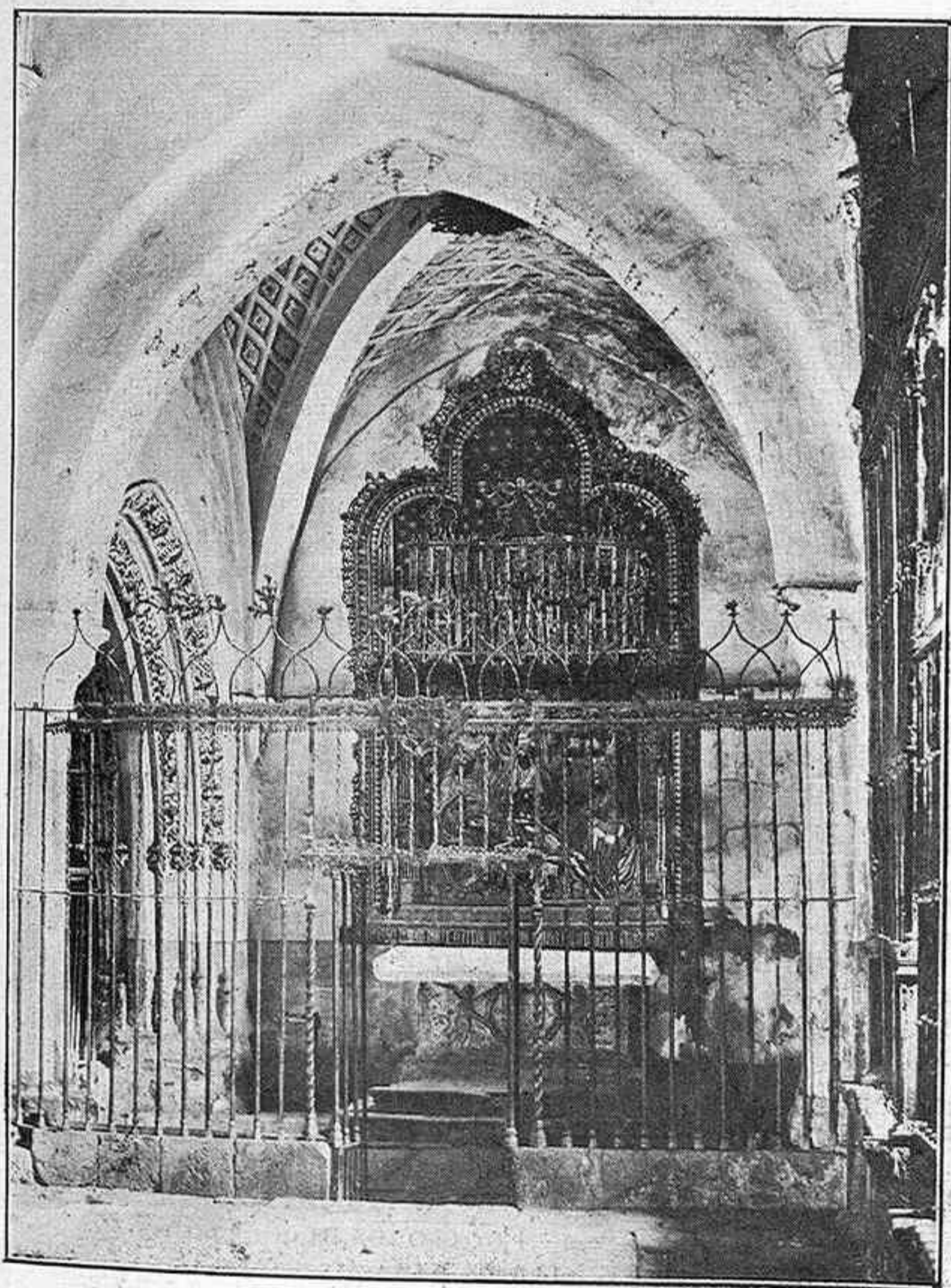
PALENCIA, la antigua Pallantia, capital de los vácceos, es una de las poblaciones más antiguas de España y una de las que más páginas brillantes ha dado á su historia. Hízose célebre en tiempo de los romanos por la resistencia que puso á su dominación; siendo tres veces sitiada, la primera por Lúculo, que tuvo que retirarse de sus murallas después de rudos combates, viéndose acosado y perseguido hasta las orillas del Duero. Este hecho mantuvo á raya á los ambiciosos romanos durante catorce años, hasta que Emilio Lépido, con la excusa de castigar la protección prestada á Numancia y desoyendo las órdenes del Senado, que le manda respetar los tratados, marcha sobre la ciudad con gran número de legiones. No esperan los valientes palentinos la llegada del cónsul romano, sino que, formando dos divisiones, consigue una de ellas envolver las fuerzas enemigas, quedando de este modo convertidos los sitiados en sitiadores. Inútiles son los varios intentos de Lépido para romper el anillo que le cerca, no consiguiéndolo sino después de dejar 6,000 muertos sobre el campo y abandonar los heridos y enfermos en número de 4,000. Tres años más disfrutó Palencia de sosiego y libertad, pasados los cuales y con igual pretexto que antes, vuelven á ella los romanos, mandados nada menos que por el gran Escipión, que



SÉPULCROS DE LOS MARQUESES DE POZA EN SAN PABLO.



VISTA GENERAL TOMADA DESDE EL SANTO CRISTO DE OTEROS.



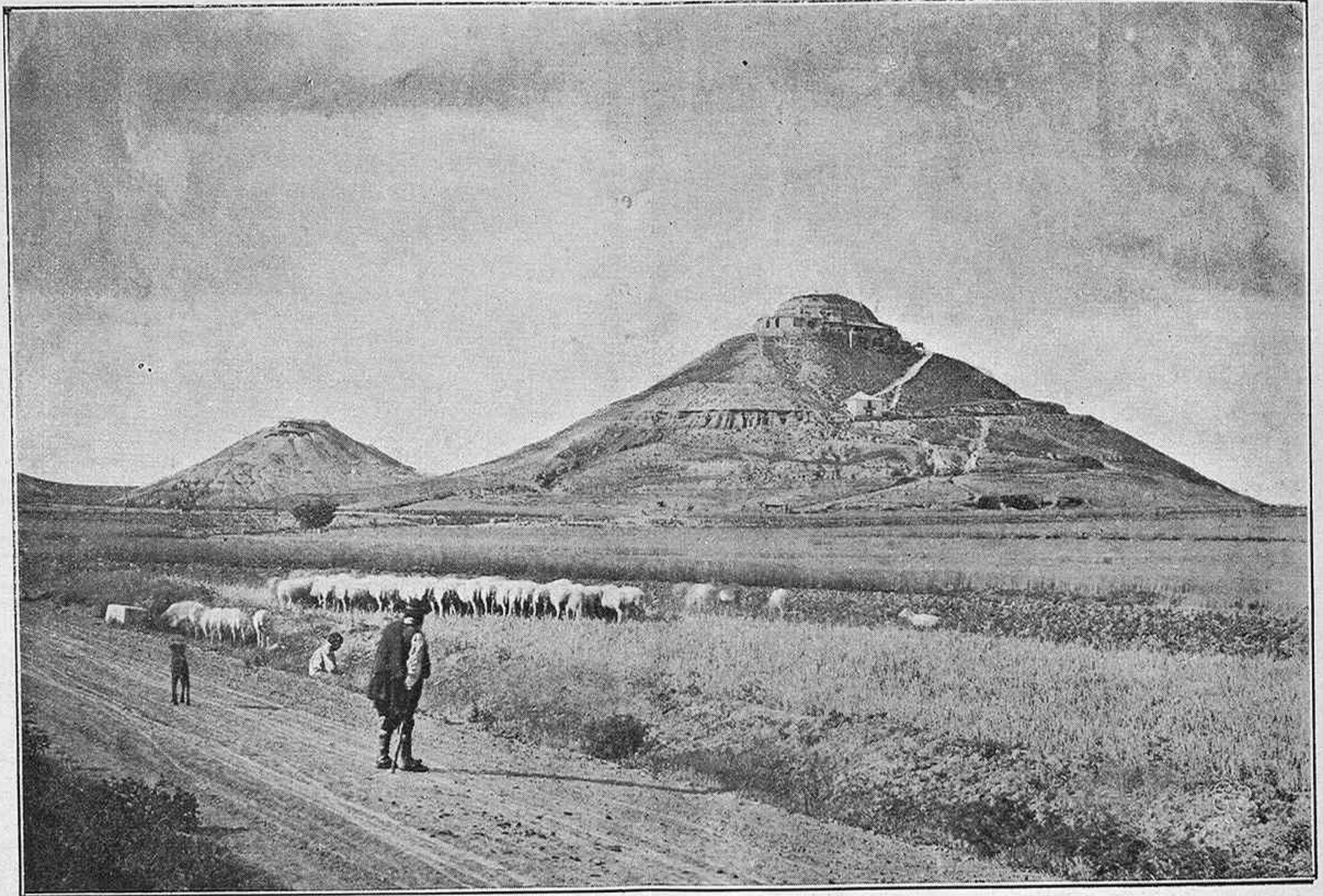
CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS EN SAN PABLO.

si alcanzó el nombre de Africano no pudo alcanzar el de Palentino, pues como Lúculo y Lépido no consiguió otra cosa que demostrar por tercera vez el arrojo y sagacidad de aquellos habitantes, dándose por satisfecho si con pocas pérdidas pudo retirarse de aquellos muros. Hemos dicho al principio de esta narración que por tres veces vióse sitiada la ciudad en tiempo de los romanos, cuando en verdad fueron cuatro, pues adicta después á la causa de Sertorio cayó sobre ella Pompeyo con sus fuerzas. Tres asaltos dieron los pompeyanos y en los tres tuvieron que retirarse, pero lo largo del asedio y las pérdidas sufridas hacían ya inminente la rendición, cuando la noticia de acercarse fuerzas auxiliadoras hizo levantar el campo á los sitiadores. Muerto Sertorio, son los palentinos los últimos en rendirse á Roma, derrotando, junto á Clunia, á Cecilio Metelo; si bien, derrotados luego, pasan á formar, con todos los pueblos váceos, parte del Imperio romano.

Largo sería, y superior á nuestras fuerzas, si tuviésemos que relatar todos los importantes hechos históricos de que han sido testigo los muros palentinos hasta la guerra de la Independencia, por lo cual y ateniéndonos á la índole de esta serie de artículos, nos concretaremos á relatar la leyenda sobre restauración de la ciudad, destruída siglo y medio antes por una inundación, según unos, ó por Alfonso I ante la imposibilidad de defenderla contra los árabes, según otros. Cuenta la tradición que estando de caza el rey de Navarra, Sancho el Mayor, y persiguiendo á un jabalí, escondióse éste entre las malezas de las ruinas, dándole alcance el Rey en una cueva, antes subterráneo, donde se veneraba antiguamente la ima-

gen, aún intacta, de San Antolín; refugióse la fiera al pie mismo del altar, alzó Sancho el brazo para herir, pero quedóle éste paralizado, como si el cielo quisiese castigar la profanación de lugar y el quebrantamiento del derecho de asilo. Arrepentido el Rey, arrodillóse humildemente ante la imagen del Santo, pidiéndole perdón y prometiendo convertir la cripta en iglesia y reedificar la ciudad si á su brazo volvía el movimiento; alcanzada la gracia y cumplida la promesa, dotó á la casi nueva Palencia de numerosos bienes y grandes privilegios.

Digna también es de mención la defensa de la ciudad en 1388. Reinaba, á la sazón, en Castilla, Don Pedro I el Cruel (ó mejor, el Justiciero) y andaba el reino dividido entre los partidarios del legítimo Rey y los del Infante Don Enrique; habían los palentinos abrazado el partido de este último y en ocasión en que estaban los hombres prestando ayuda á la villa de Valderas, puso sitio á la ciudad el duque de Lancaster con numeroso ejército, creyendo sería empresa fácil el rendirla, saliéndole fallido su intento, gracias al valor de las mujeres palentinas que, apoderándose de las pocas armas que sus deudos dejaran, acudieron á las murallas, re-



EL SANTO CRISTO DE OTERO AL ANOCHECER.

sistiendo varios asaltos y obligando, por último, al sitiador, á levantar el cerco temeroso de verse rodeado por el ejército palentino que se acercaba en defensa de su ciudad. Este hecho, que nos recuerda la defensa de Orihuela por las mujeres, mandadas por Teodomiro, valió á las valientes palentinas el derecho que les concedió el Rey de llevar franjas de oro en sus mantos y tocados.

De la reedificación de la ciudad y por creerse ambos con los mismos derechos de propiedad, sobrevino la guerra entre León y Castilla, quedando, después de empeñada lucha, en poder de este último reino.

Son las armas de Palencia, escudo acuartelado con dos cruces floreadas en campo azul y dos torres en campo de gules; fuéles concedido el blasón de Castilla ó sean las torres, por el rey Fernando I, y las cruces por Alfonso VIII, en recompensa de la ayuda que le prestaron sus habitantes en la batalla de las Navas.

J. M. SERRA Y B.

Fotografías de J. Laurent y C.^a (Madrid).

¡POR ESO!

Mientras que de la creación ideaba el mecanismo, el Criador se hizo á sí mismo esta sabia observación:

—Si al hombre que concebí corazón doy y cabeza, será, divina torpeza, casi casi igual á mí.

Por tanto, mi previsión, á los que tengan talento negará del sentimiento la dulcísima emoción.—

Y, mirando á su salud, la Divina Providencia á unos dió la inteligencia y dió á otros la virtud.

Por eso en la humanidad no existe un hombre perfecto y asoma siempre el defecto al lado de la bondad.

Por eso los buenos son tontos por naturaleza, y los que tienen cabeza carecen de corazón.

JUAN TOMÁS SALVANY

LOS CIUDADANOS DE DOCE AÑOS



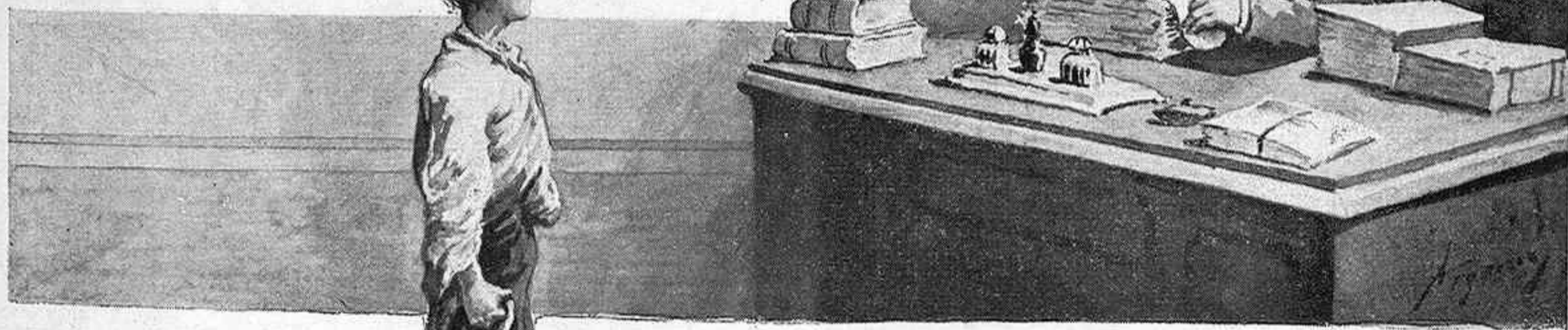
AQUEL careo entre las dos porteras, la de la casa del crimen y la de enfrente, del que esperaba el juez la luz y que, por el contrario, venía á espesar la sombra sobre la verdad, dejó anonadado al juez. Presentía allí una buena pista, un cabo, quizás, del enigma; por indicios, por conjeturas, por declaraciones ambiguas de otros testigos, por propio instinto y práctica propia, conjeturaba que las dos mujeres habían visto salir al asesino. Estaban hablando en la calle, en un paréntesis de escoba. ¿Cómo era posible que á su costumbre del acecho se les hubiera escapado la huída de un hombre agitado, febril, tembloroso, que acaba de cometer una muerte? Pero nada, no hablaban, no había quien les arrancara una palabra. ¿Por qué? ¡Por miedo! Por el vulgar miedo á la justicia.

¡Ah, sí! El escollo de siempre, la barrera insuperable que ya conocía en su larga carrera forense, el obstáculo eterno que creía fácilmente vencible, cuando de mozo y recién dejadas las aulas peroraba en la Academia de Jurisprudencia, y contra el que luego se había estrellado mil veces, abortando en las grandes causas el esclarecimiento de los hechos, la iluminación de lo desconocido. La negación, la sombría y sistemática negación por donde quiera, la absoluta falta de civismo. Ocurrir el crimen, se levanta el cadáver, se encabeza el primer folio y en seguida el vacío alrededor. Niega el presunto reo, niegan los testigos presenciales, niegan los que se enteraron, por casualidad, del suceso, niegan los allegados, niegan los vecinos, todo el mundo niega; ¡nadie

sabe nada! Y el magistrado, teniendo que explorar por entre toda esta gente que, preocupada de la boca se olvida de que posee ojos. Y así, el campesino, el artesano, el pueblo, la plebe y lo que es peor, porque no la disculpa el medio de ignorancia, la clase media.

El juez se quedó solo en su despacho de la Audiencia, inmóvil en un sillón de cuero, con el enorme legajo infolio ante sus ojos, con aquellos centenares de hojas y aquellas miles de palabras sobre la mesa, enorme hacinamiento de letras que nada le decían con su apelmazada masa como no fuera una, sola y terrible y lacónica frase: nada. El veía el crimen, presentía la escena, el asesino entrando por la mañana en casa de aquella señora sola, aprovechando la ausencia de la criada en el mercado, derribándola de un solo golpe y cargando luego con el dinero, con las alhajas, con las riquezas de la infeliz anciana que desde luego conocía. ¿Y después?

Después... un portero penetró en el despacho, gorra en mano, y con acento en que se revelaba



todavía una contenida ira y en el que aún había bufidos, exclamó:

—Perdone vuestra señoría, señor juez.

—¿Qué hay?

Fué una contestación maquinal, distraída, con un bufido también por haber turbado sus meditaciones.

—Hay que un golfo se empeña en ver á V. S., porque dice que él conoce al asesino de esa señora que vivía sola.

En el acto, como absorbido por una succión enorme, como tirado violentamente de una cuerda de la que pendiera, subió el juez á la superficie de su éxtasis y salió bruscamente de él. Toda su presencia de ánimo y todo el recuerdo de su autoridad

tuvo que emplear para no pegar un salto en el sillón de cuero. ¡Cómo! ¡Que alguien conocía al criminal y ese alguien se presentaba espontáneamente á declararlo! Contúvose por hábito de oficio y se limitó

á decir con mentida indiferencia:—Dígale que pase.

Entró en el despacho la calle, el arroyo, el último limo de la plebe, un pobre colillero desarra- pado y descalzo, todo mugriento, pero con unos ojos vivos que le resplandecían entre la roña. El juez le consideró un instante con ojo inteligente. No sabía lo que iba á resultar de aquéllo, no sabía la luz que daría, pero apreció en su entera inten- sidad la trascendencia del paso. Era un ineducado, un ignorante, el último de los últimos, lo que rueda por ahí empujado por el abandono en el que no brotan sino las malas yerbas, habría mamado el miedo á la justicia, el odio al bastón de borlas y allí estaba de pie, con la boina en la mano, trente á el, esperando.

—¿Qué es lo que tienes que decirme?—preguntó el juez con aspereza para no perder su superioridad y disimular su anhelo. — ¿Que tú conoces á ese criminal? Podría costarte cara una mentira.

Había pensado sonsacarle con cautela, con maña, con habilidad profesional, pero se le impuso su impaciencia, su instinto de que llegaba.

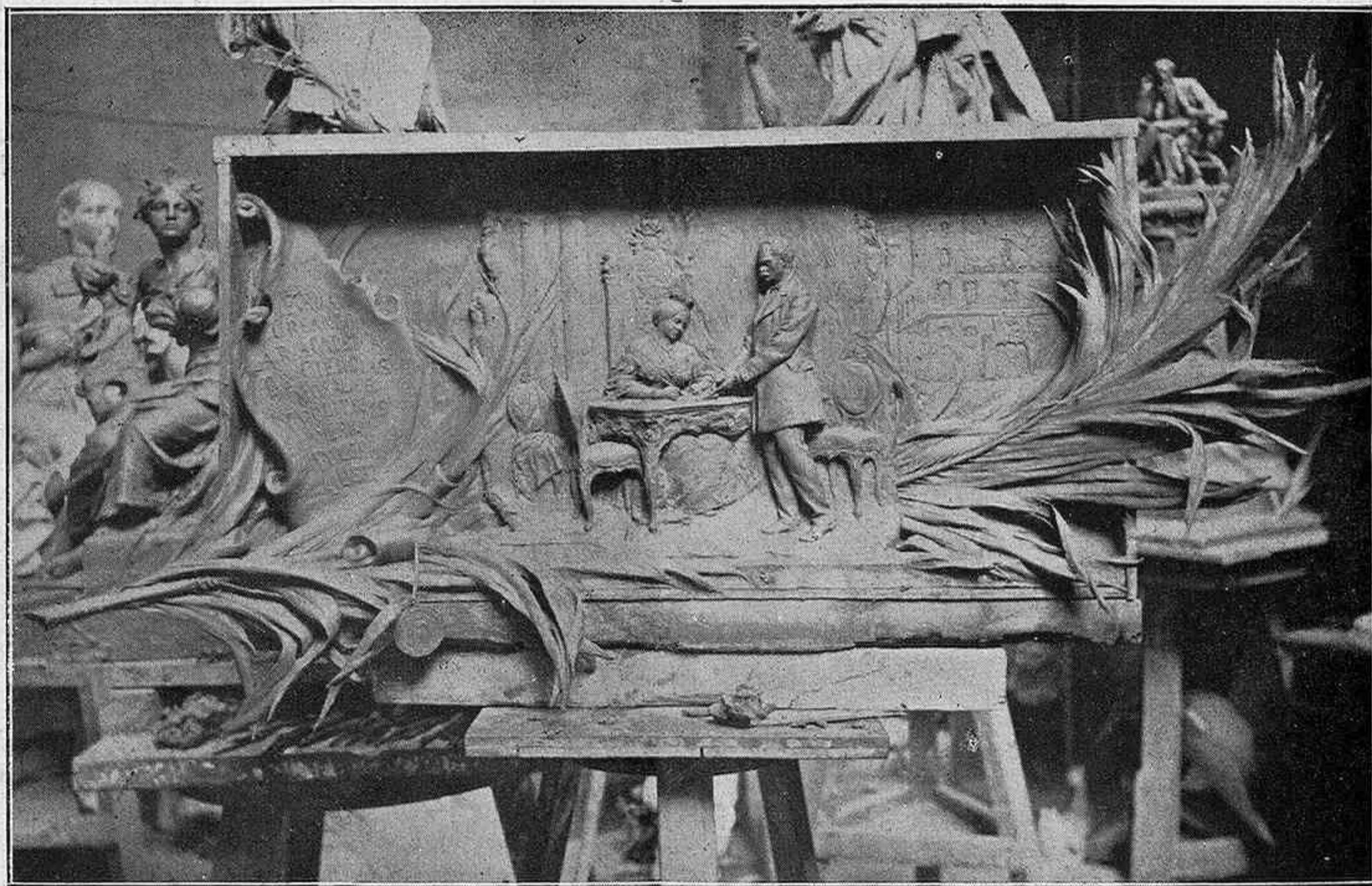
—¡Le conozco, sí señor, le conozco! Yo mismo le llevé una maleta que pesaba bien, á la estación y oí pa dondè pedía el billete. Pa Cádiz. Parecía

un señorito y estaba muy descolorido, pero era un tío mu valiente y mu sereno. En cuanto lo leí en los periódicos me dije: Toma, pues él es. Antes hubiá venio á declarar, pero yo tengo padre, señor, y si se entera me escabecha. Pero se ha marchao ayer á América y en seguida me dije: pues hoy mismo canto.

A borbotones, saliéndole su relación de lo más hondo de su alma, á través de sus piropos, con entera ingenuidad había hablado el golfo, revelan- do de paso la terrible tragedia de su vida, el aban- dono por un padre desnaturalizado, abandono ma- terial, que el moral existía desde el instante mismo en que la criatura fué confiada á la calle. En nada de esto paró su atención el juez, todo sentido é inteligencia para la pista de «su crimen», y albo- rozado con el descubrimiento de la segura huella, tocó febrilmente en el timbre, gritó al portero que no estaba para nadie y, dispuesto á sacar la verdad por completo y gota á gota de aquella alma perdi- da en la que todavía quedaba algo puro, exclamó dando con cariño dos palmaditas en la espalda al granuja:

—¡Bien, por los ciudadanos de doce años!

ALFONSO PÉREZ NIEVA



BAJO RELIEVE DEL MONUMENTO Á MOYANO EN MADRID; POR AGUSTÍN QUEROL.

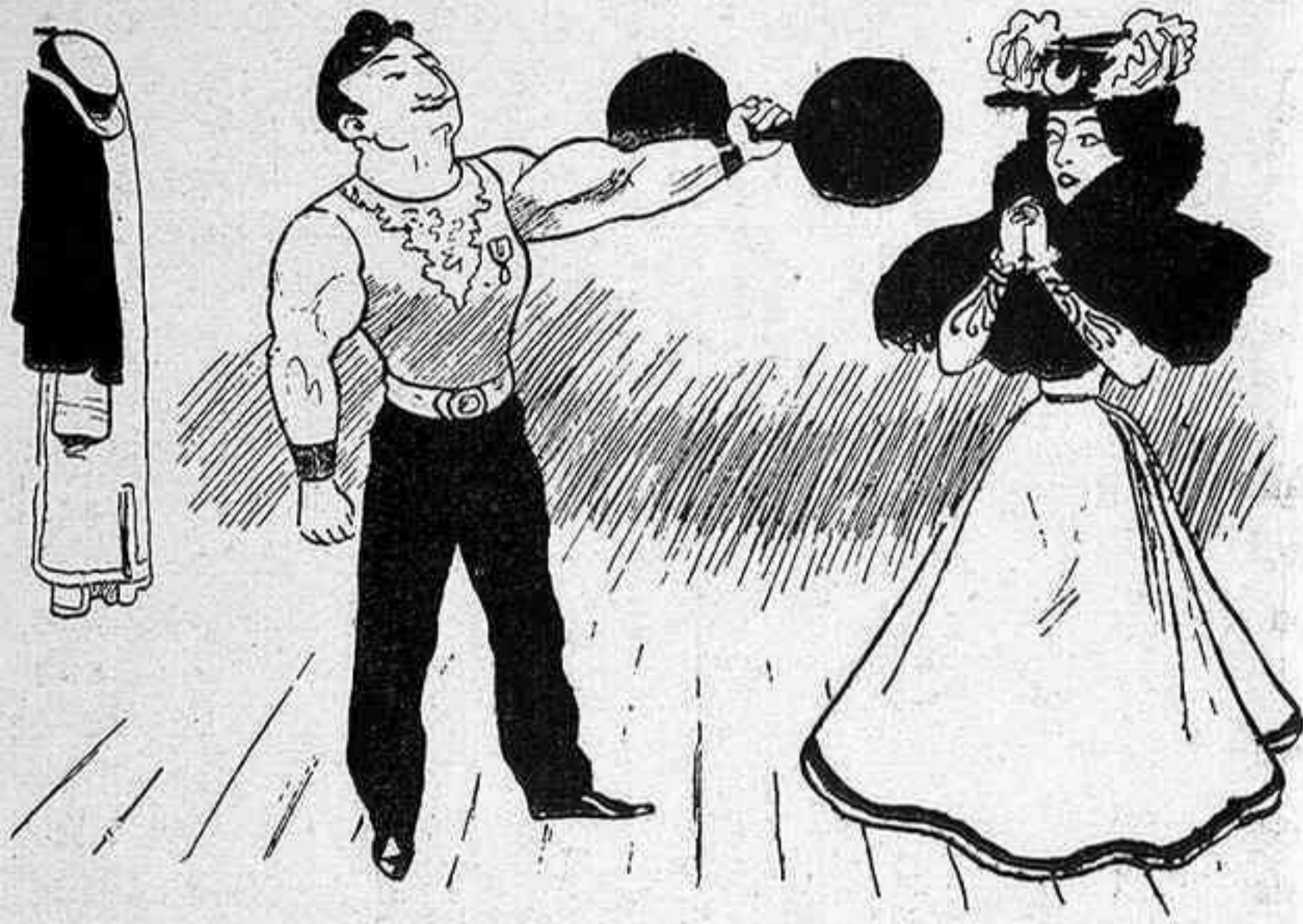
LIBROS RECIBIDOS

Hojarisca y Cuentos Ticos se titulan respectivamente dos tomos de cuentos en prosa, originales del ilustrado escritor costarricense, don Ricardo Fernández Guardia y confeccionados esmeradamente en la «Imprenta y librería española», propiedad de la señora viuda de Lines en San José de Costa Rica.

En ambas colecciones el autor hace gala de un profundo conocimiento de la lengua castellana y de una rica imaginación, merced á la cual ha podido dotar á

sus cuentos de una donosura y novedad poco comunes. No son libros que se caigan de las manos, sino, muy por el contrario, el lector, agradablemente entretenido, siente que se acaben, pues va tomando mayor gusto á medida que se engolfa en su lectura.

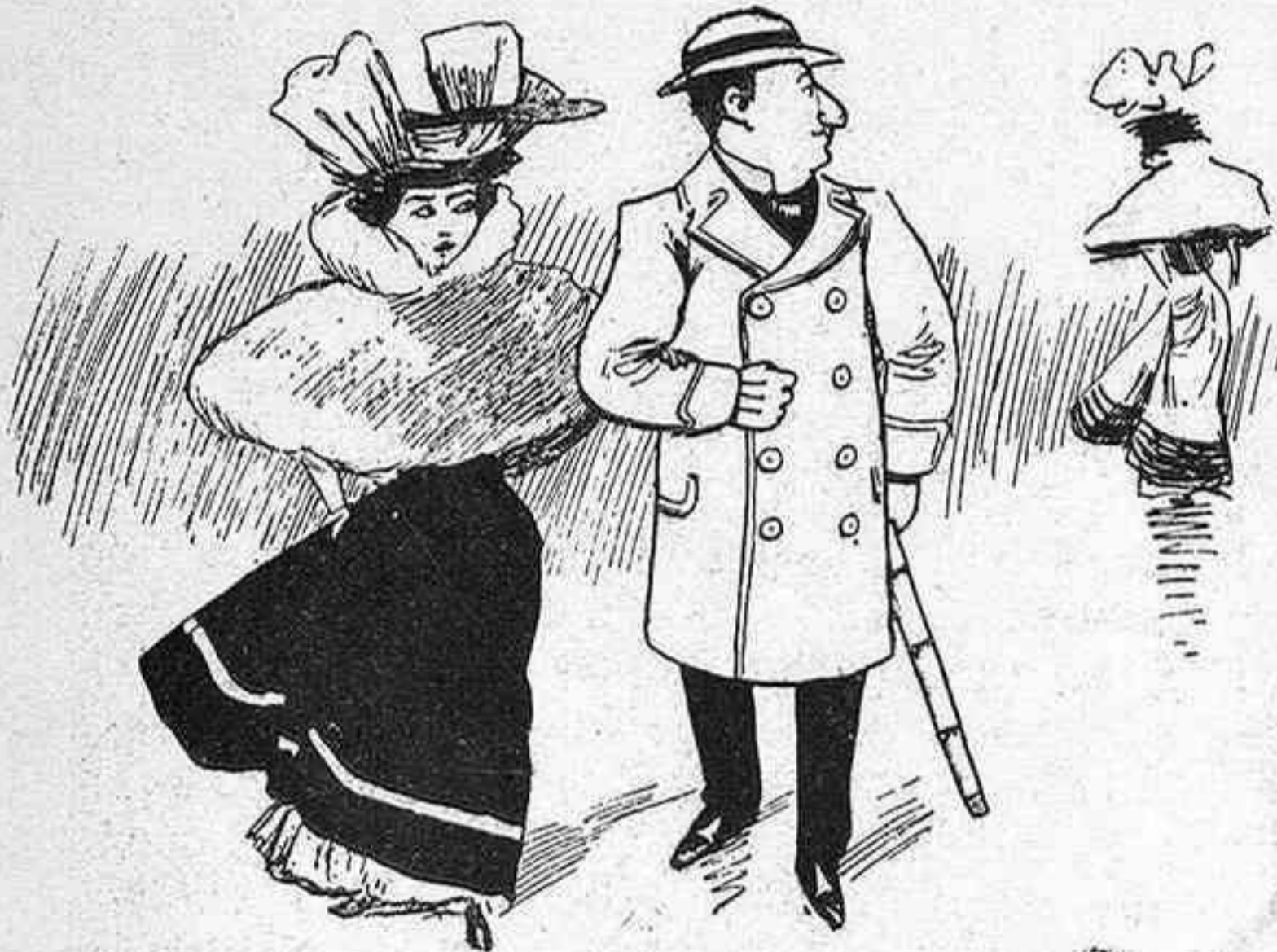
Felicitemos muy de veras al señor Ricardo Fernández Guardia y le agradecemos el envío de los dos tomos, que ocuparán un digno lugar en nuestra biblioteca.



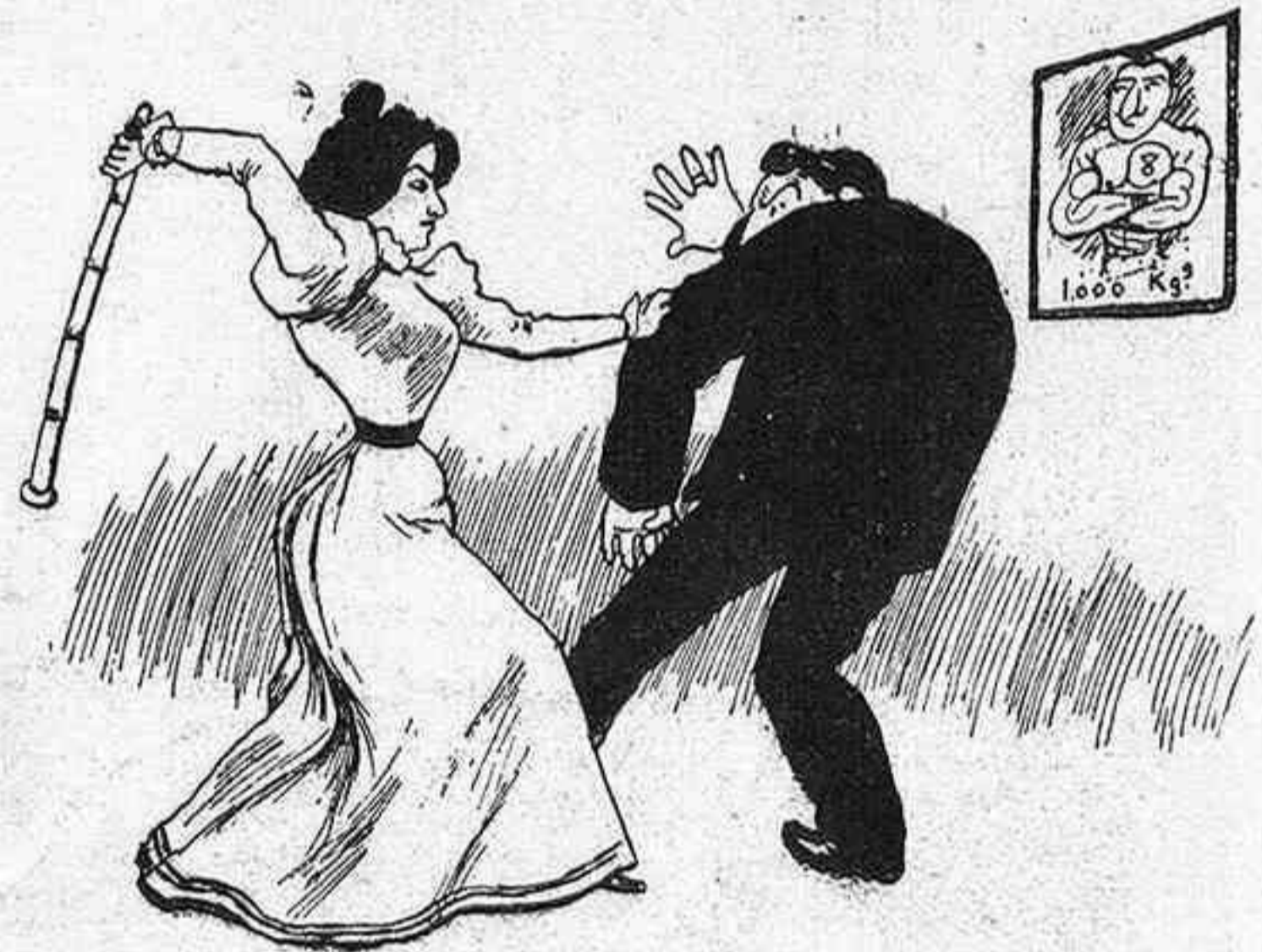
Toda mujer admira las cualidades del hombre...



Y por ellas le ama apasionadamente... ¡le adora!



Le concede su mano; ¡pero á la primera ocasión...



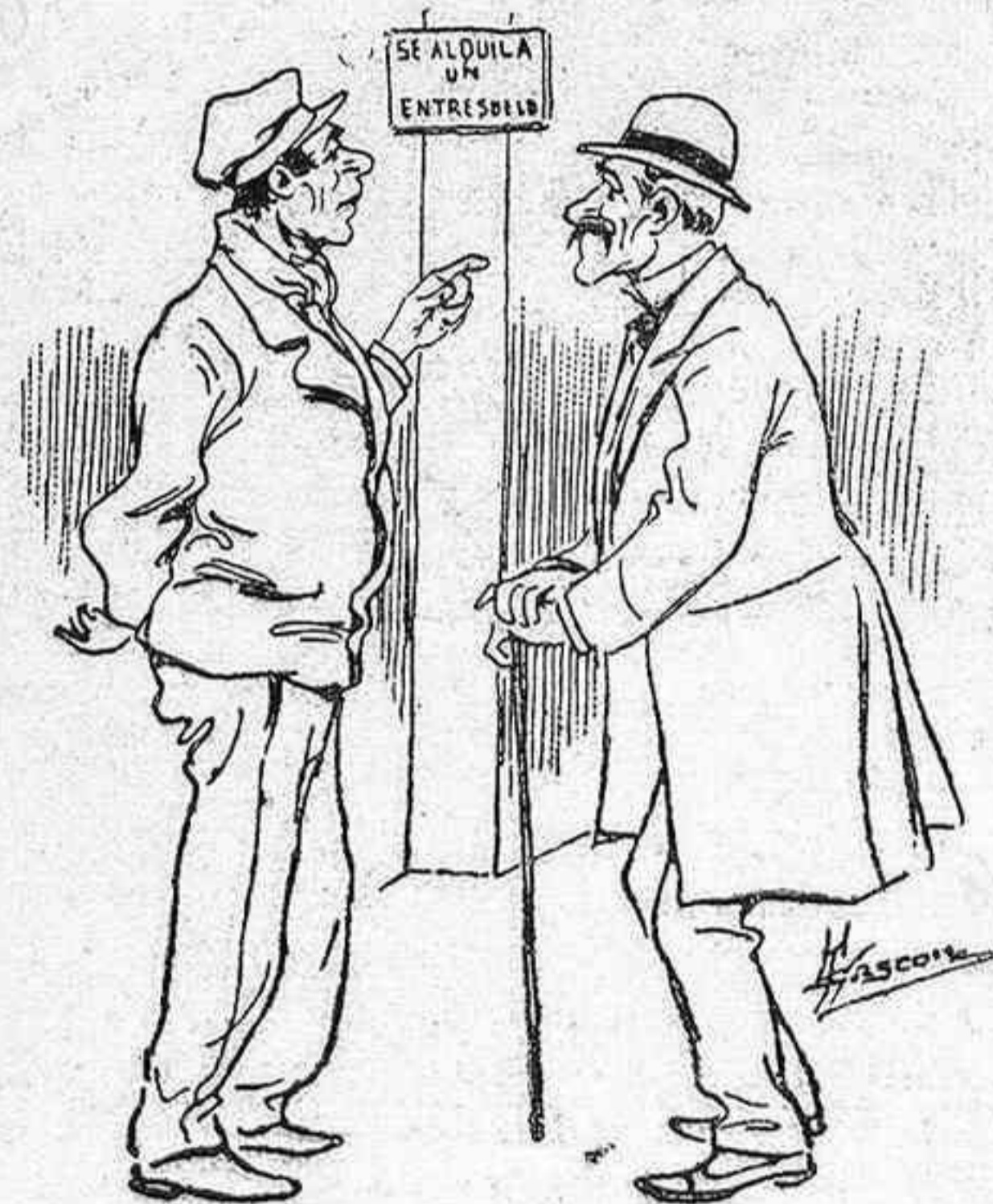
... Se ríe de sus cualidades!

MISCELÁNEA; por T. GASCÓN.



— Pues ¿no me dijo usted que viniera por el Aguinaldo?
— Sí, pero qué quieres que te diga, se han acabau.
— ¡Rediós! Usted es como los relojes de sol, que señalan y no dan.

Fot.-Tip.-Lip. del «Album Salón».



— ¿Qué precio tiene ese entresuelo?
— No sirve para usted.
— ¿Por qué?
— Porque es usted muy viejo y el casero no quiere que se muera nadie en la casa.

